

CUATRO FUNCIONES DEL COMPLEJO FRATERNAL Y UN NUEVO TIPO DE TRANSFERENCIA: LA AMISTAD DE TRANSFERENCIA

Luis Kancyper*

Introducción

El análisis de niños y adolescentes se sustenta sobre los preceptos fundamentales que constituyen el método psicoanalítico. Pero presenta una particularidad en el ámbito de la configuración de la situación analítica entre analizante y analista, por la intervención de los padres. Esta particularidad es inherente a la condición de la dependencia emocional, económica y social establecida entre el hijo y los progenitores, y no puede ser reducida estructuralmente a la situación analítica del psicoanálisis de adultos.

Los padres ejercen una presencia continua en el horizonte del campo analítico, y configuran con el analizante y el analista una estructura singular, que promueve funciones y efectos propios en el analizante y, a su vez, en el analista. A través del trabajo analítico, el analista resignifica a su propio niño o adolescente en relación con los padres de su historia personal, al mismo tiempo que la relación vincular en la pareja analítica (hijo-analizante con el analista) resignifica aquellas situaciones narcisistas, edípicas y fraternas no resueltas de la historia individual de cada uno de los progenitores y de la pareja conyugal, y ejerce en ellos continuas reestructuraciones que, a su vez, inciden en las vicisitudes del proceso analítico del hijo.

En este trabajo parto de la siguiente hipótesis: así como en toda neurosis se presentan fenómenos narcisistas, lo cual no equivale a afirmar que Narciso desplazó a Edipo y que resulta necesario concebirlos juntos en un complejo interjuego; del mismo modo debemos incluir a los complejos fraternos con sus propias dinámicas y articulaciones con las estructuras narcisista y edípica, tanto “en la simplicidad aparente de lo normal, así como también en las desfiguraciones y exageraciones de lo patológico”. (Freud, 1914, p. 248)

* Médico Psicoanalista. Miembro titular con función didáctica de la Asociación Psicoanalítica Argentina.

La inclusión de los psicodinamismos referidos a la fraternidad en la estructuración de la vida psíquica no intenta clausurar ninguno de los temas concernientes a la nodal importancia de Narciso y Edipo. Al contrario, tienen un valor heurístico.

Una de sus finalidades centrales es, precisamente, suplementar y no suprimir. Aguzar la escucha analítica, ensanchar las fronteras del campo psicoanalítico y establecer nuevos puentes entre la teoría y la clínica con niños y adolescentes.

Partiendo desde el complejo fraterno al complejo de Edipo y al narcisismo y viceversa, se posibilita una mayor captación de la complejidad del alma humana y una posible superación de los obstáculos que se erigen en los procesos analíticos bajo una luz más amplificadora y no accesible hasta entonces.

Complejo de Edipo y complejo fraterno

Las enseñanzas conjuntas de la clínica psicoanalítica, de la literatura y de la mitología atestiguan que cada ser humano es portador de una irrepetible combinatoria de múltiples identificaciones resultantes en gran medida, del singular interjuego que se trama entre: el narcisismo, el complejo de Edipo y el complejo fraterno. Entre estos dos complejos se extiende una vía de doble mano, con algunas zonas en donde ambos se anudan, recubren y refuerzan.

En general se tiende a pensar que el complejo fraterno es un mero desplazamiento del edípico, como una vía lineal de ida, de un programado desarrollo de las investiduras de objeto que parten desde las figuras parentales para ser sustituidas por otras: hermanos, primos y amigos que favorecen progresivamente el acceso a la exogamia.

Si bien el hermano puede operar como un aliado para aflojar las dependencias edípicas, también puede, en ciertas circunstancias, llegar a reforzarlas, en un movimiento de vuelta, fijando al sujeto a sus progenitores.

En otros casos el complejo fraterno suele recubrir parcial o totalmente a la estructura edípica, generando confusión y superposición de roles, perturbando gravemente al proceso de la identidad.

El complejo fraterno presenta una especificidad irreductible. Sus propios efectos suelen alcanzar un grado de tan elevado tenor que hasta pueden llegar a signar el destino de la vida del sujeto y de sus descendientes.

El complejo fraterno no se opone a la aseveración freudiana acerca de que el complejo de Edipo representa el complejo nuclear de las neurosis, pero su incuestionable presencia pone de relieve la insuficiencia del apotegma "*simplex*

sigillum veri”: la simplicidad es el sello de la verdad.

El complejo fraterno supera con mucho la importancia de un simple conjunto fantasmático tiene su propia envergadura estructural, relacionada fundamentalmente con la dinámica narcisista y paradójica del doble en sus variadas formas: inmortal, ideal, bisexual y especular. Estos tipos de doble, que cambian de signo y fluctúan entre lo maravilloso y lo ominoso, pueden manifestarse en el campo de la clínica con niños y adolescentes a través de las comparaciones normales y patogénicas con los pares (Kancyper, 2009). En el nivel social suelen “hacerse oír” de un modo tormentoso y tumultuoso en la dinámica del narcisismo de las pequeñas diferencias.

En la clínica, se vuelve tentador pasar por alto el complejo fraterno y provocando un cortocircuito dirigirse inmediatamente a los aspectos determinantes de los conflictos edípicos y pre-edípicos, cuyas interpretaciones suelen ser, en cierto sentido, insuficientes o a veces erróneas.

Albergo cierto reparo con respecto al término “vínculo fraterno” (Bank y Kahn, 1988) y me parece más apropiado emplear “complejo fraterno”. El término complejo es definido como: “Conjunto organizado de representaciones y de recuerdos dotados de intenso valor afectivo, parcial o totalmente inconscientes, haciendo la salvedad de que la noción de complejo tiende a confundirse con la de un núcleo puramente patógeno que conviene eliminar, ya que de este modo se pierde de vista la función estructurante que en determinados momentos del desarrollo humano, poseen los complejos” (Laplanche y Pontalís, 1971, p. 55-56).

En el artículo sobre “Algunos mecanismos neuróticos en los celos, la paranoia y la homosexualidad” (1921a) Freud emplea el término complejo de los hermanos y no vínculo fraterno y lo diferencia del Complejo de Edipo.

“Estos celos, por más que los llamemos normales, en modo alguno son del todo acordes a la ratio, vale decir, nacidos de relaciones actuales, proporcionados a las circunstancias afectivas y dominados sin residuo por el Yo consciente; en efecto, arraigan en lo profundo del inconsciente, retoman las más tempranas mociones de afectividad infantil y brotan del complejo de Edipo o del complejo de los hermanos del primer período sexual.” (Freud, 1921a, p. 217).

En el año 1923 Freud emplea explícitamente el término complejo fraterno en un escrito breve dedicado al Doctor Sándor Ferenczi en su 50º cumpleaños: “Ferenczi, hijo intermedio entre una numerosa serie de hermanos, tuvo que luchar en su interior con un fuerte complejo fraterno; bajo la influencia del análisis, se convirtió en un intachable hermano mayor, un benévolo educador y promotor de jóvenes talentos” (Freud, 1923, p. 288).

Freud admitió, sobre todo al final de su obra, la importancia del complejo fraterno, pero no lo estudió de un modo sistemático como al complejo de Edipo. La forma completa del complejo de Edipo resulta de la combinación que se encuentra en diferentes grados de la forma llamada positiva, tal como se presenta en la historia del Edipo Rey (deseo de la muerte del rival que es el personaje del mismo sexo, y deseo sexual hacia el personaje del sexo opuesto) y de su forma negativa (amor hacia el progenitor del mismo sexo, y odio y celos hacia el progenitor del sexo opuesto).

Cada sujeto presenta, según la coexistencia entre ambas formas en la relación dialéctica, un particular caso mixto de un complejo de Edipo. Éste se articula con las fantasías de: inmortalidad, perfección, bisexualidad y especularidad inherentes a la dinámica de la estructura narcisista.

El complejo fraterno presenta a su vez sus propias fantasías: del gemelo imaginario, del siamés imaginario, de los vasos comunicantes y además fantasías fratricidas y furtivas, de complementariedad y confraternidad.

La posición central que ocupan estas fantasías como organizadoras de la experiencia interna y externa se presentifica en diferentes grados y en particulares combinatorias en cada niño y adolescente.

Considero que las fantasías inherentes al complejo fraterno requieren ser por un lado diferenciadas y separadas de las provenientes del complejo de Edipo y del narcisismo. Pero además subrayo la importancia de que por otro lado, sean también integradas para poder así reemplazar al pensamiento disyuntivo y reductor por un pensamiento complejo en el sentido original del término "*complexus*": lo que está tejido apretadamente.

El pensamiento complejo permite obtener un esclarecimiento dinámico y amplio del interjuego que se establece entre las distintas fantasías edípicas, narcisistas y fraternas y posibilita, por ende, perfeccionar nuestro conocimiento de la vida anímica.

Los complejos fraternos no resueltos están sobredeterminados; dependen de las condiciones psicológicas particulares inherentes a cada uno de los hermanos, como así también suelen estar promovidos y mantenidos por los mismos padres, con la finalidad de continuar ejerciendo una relación de dominio sobre cada hijo y entre ellos, generando connivencias inconscientes y conscientes, múltiples y combinadas. Estos padres, al interceptar el establecimiento de vínculos solidarios y de confraternidad entre los hijos, fabrican relaciones conflictivas entre los hermanos, sostenidas por la creencia ominosa de que en realidad, la alianza fraterna representa una amenaza que atenta contra el narcisismo y el poder de uno o de ambos progenitores, enfrentándolos por

separado y entre sí, a semejanza del Rey Lear que trató de dividir para reinar sobre sus hijas Goneril, Regan y Cordelia.

Los vasos comunicantes y las culpas edípica, fraterna y narcisista

Según una conocida concepción, el parricidio es el crimen principal y primordial de la humanidad como del individuo. En todo caso, es la principal fuente del sentimiento de culpa, no sabemos si la única, pues las indagaciones no han podido todavía establecer con certeza el origen anímico de la culpa y la necesidad de la expiación. Pero no hace falta que sea la única. La situación psicológica es complicada y requiere elucidación.
(Freud, 1927, p. 181)

Brusset (1987) señala que:” La relación de objeto fraterna se distingue de las relaciones de objeto parentales por la operativización de la proyección (sobre todo bajo la forma de la identificación proyectiva) en la proximidad de una relación simétrica, próxima, inevitable, enfrentando directamente al sujeto con la alteridad de un objeto que es simultáneamente un doble de sí y un extraño. “En la lógica de las relaciones fraternas querer comprender al hermano es intentar comprenderse a sí mismo, definirse en negativo, pero ¿cómo estar seguro de no ser él? Es conocida la broma de Mark Twain (Twin): “Yo tenía un hermano gemelo. Nos parecíamos tanto habiendo muerto uno de nosotros en el nacimiento, nunca pude saber si era él o yo o él.” (Brusset. 1987, p. 320). El desdoblamiento narcisista está directamente figurado por los gemelos y la indiferenciación parcial por los “siameses”.

El “gemelo imaginario”, descrito por Bion (1967) a partir de numerosos casos, representaba las partes disociadas de la personalidad, personificadas de esta forma. Este doble puede ser buscado directamente en el analista.

El “siamés imaginario” y la fantasía que describí de “los vasos comunicantes” representan a las partes más indiscriminadas de la personalidad.

Estas dos fantasías se escenifican en los sujetos que presentan un funcionamiento mental simbiótico en las relaciones de pareja y de familia.

En la fantasía de “los vasos comunicantes” intervienen diferentes formas de sentimientos de culpabilidad que no se reducen sólo a la culpabilidad edípica, sino que además se anudan a ella: la culpabilidad fraterna y narcisista.

La fantasía de los vasos comunicantes se basa en el modelo físico de un sistema hidrostático compuesto de dos o más recipientes comunicados por su parte inferior. En los vasos comunicantes puede verificarse experimentalmente

el hecho de que en cada uno de los tubos de distinta forma el agua o el líquido vertido toma el mismo nivel en todos los vasos, ya que en realidad los vasos y el tubo de comunicación forman un solo recipiente lleno de líquido.

La aplicación de este funcionamiento a la fantasía fisiológica de la consanguinidad configura la representación de los hermanos como si fueran tubos comunicantes, relacionados entre sí por lazos de sangre y unidos al tubo de comunicación parental que opera como una fuente inagotable que nutre y a la vez distribuye a todos los integrantes del sistema de un modo unitario, para que finalmente todo se mantenga en un perfecto equilibrio. Este sistema premia la nivelación y condena la diferencia.

Nivelación no es solidaridad. Es la negación de la alteridad y de la mismidad, eclipsando el derecho al disenso y a la apertura hacia imprevisibles posibilidades y realizaciones que pueden surgir a partir de la confrontación generacional y fraterna. Pero toda confrontación requiere, como condición primaria, la admisión del desnivel del arco de tensiones que marca la diferencia de generaciones entre padres e hijos y entre cada uno de los hermanos. El principio de la nivelación de esta fantasía hidrostática bipersonal o multipersonal de los vasos comunicantes, basado sobre el intercambio arterial y venoso y la interprestación de órganos entre los componentes del sistema, suele desencadenar intensos sentimientos de culpa y necesidad de castigo cuando se quiebra su homeostasis. Esto ocurre precisamente por parte de aquél que por sus propias condiciones se desnivela de los restantes, pudiendo situarse –si es que media una elaboración masoquista- en la posición culposa de la “privilegiada víctima” que permanece agazapada a la espera acechante del desquite del otro u otros resentidos que, como víctimas privilegiadas, podrían conspirativamente vengarse de él, estableciéndose un péndulo retaliativo de reproches y ocultamientos, de quejas y remordimientos.

Estos vínculos conflictivos entre hermanos suelen desplazarse a la relación con los amigos y con la pareja y presentificarse además dentro del mismo sujeto, fluctuando de un modo repetitivo entre ambas posiciones masoquistas: de víctima privilegiada a privilegiada víctima con pensamientos y actos de contrición. (Kancyper, 1995).

Los remordimientos y resentimientos “normales” que surgen en la dinámica de los vínculos entre los hermanos suelen intensificarse mucho más cuando al complejo fraterno se agregan las situaciones traumáticas por la presencia de hermanos perturbados o de hermanos muertos.

En estos casos el hermano “sano” y el hermano “sobreviviente” extraen una subidentidad específica: ser el guardián y mediador que regula el equilibrio del

narcisismo familiar: para lo cual debe transitar por un sendero delicado, entre las ansiedades de los padres necesitados de apoyo y del hermano o hermana carentes. Esta misión del hijo extremadamente generoso y normal nutre a su propio yo ideal con la exigencia heroica de cumplir con un deber ambivalente: por un lado, requiere ser compulsivamente competente y brillante para compensar la sombra de su doble enfermo o perdido, restañando así las heridas del narcisismo parental, por otro lado, debe renunciar y suprimir sus aspectos agresivos vitales de sí mismo.

Mostrar la agresión hacia un hermano perturbado o muerto cobra el sentido de desafiar a los padres vulnerables y ser un hijo desleal y culposo. Por lo tanto, debe guardar en secreto sus resentimientos que, en la vuelta contra sí mismo, suelen manifestarse a través de afecciones psicósomáticas: que operan como las máscaras y las exteriorizaciones de los remordimientos amordazados.

El niño y/o adolescente sano y el niño sobreviviente se convierten, en realidad, en un niño o adolescente paternal, demandado por permanentes exigencias fallidas de reparación obsesiva o maníaca, cuyas manifestaciones en la clínica se expresan a través de la asunción irrefrenable de excesivas responsabilidades que terminan deteriorando su salud mental y física. En otros casos se exterioriza por la asistencia compulsiva a los hermanos y padres y en su carácter extremo puede llegar a fusionar y confundir su respectiva vida con el otro, perturbado o muerto, configurando una *folie à deux*; para dar cumplimiento así a la satisfacción de un deseo de indiscriminación entre ambos.

Este deseo de uniformización de los miembros de la familia, que subyace tras la fantasía de los vasos comunicantes, tendría su origen en el escamoteo de la tensión narcisista y de las rivalidades edípica y fraterna.

En ciertos casos, el hijo sobreviviente puede también llegar a convertirse en un hermano *sobremuriante*. Cuando el hermano muerto permanece fantasmáticamente habitando como un “muerto- vivo” y se erige en el eje central y regulador de la vida psíquica de los integrantes del medio familiar; para raptarlos primero y conducirlos después, hacia las profundidades de su ominoso reinado.

En efecto, el hermano *sobremuriante* edifica su cosmovisión a partir de los cimientos defensivos de los mecanismos de la fuga, del control y del ataque, para preservarse de la castración-muerte. Se preocupa de evitar la presencia amenazadora de un peligro potencial; y al intentar sobrevolar por encima de la muerte y triunfar finalmente sobre la persecución alada de Tánatos, deviene finalmente en un *sobremuriante* en las realidades psíquica y externa.

Lo denomino *sobremuriante* y no sobreviviente.

Schmucler (2007) señala que por lo general se llaman sobrevivientes a

quienes tenían marcado, espontáneamente, el final anticipado de sus días y que, a la mayor parte de los que estaban en aquella misma situación, los alcanzó inexorablemente. De este modo se sobrevive a un cataclismo, a una cierta edad, a alguna enfermedad raramente curable.

En cambio, el *sobremuriante*, a semejanza del mítico Caín, se halla condenado a permanecer en un estado de nomadismo incesante para huir de una espectral persecución. Vive, por tanto, en un frágil estado de precariedad, porque adolece en su mundo interior, de una falta de sentimientos de pertenencia y de arraigo por la pervivencia en él de ciertas marcas traumáticas de un pasado que lo anegan, en su memoria del pavor, con compulsivos sentimientos escindidos de culpabilidad, de vergüenza y de terror sustraídos a su propio dominio (*Bewältigungstrieb*).

El *sobremuriante* presenta una relación singular con la temporalidad.

Todo proyecto se sustenta y apunta hacia la dimensión temporal del porvenir. Pero el porvenir, en el *sobremuriante*, está invadido por el por-venir de una acechante fatalidad de un pasado, que no permanece en el pasado.

Este tiempo pretérito ocupa las tres dimensiones temporales, tanto el presente como el futuro se hallan subsumidos por un pasado traumático particular, acompañado por sentimientos de pánico, de terror, de indefensión y de inquietud, surgidos por la pervivencia de este doble ominoso que perturba la estructuración del proceso de la identidad en el hermano *sobremuriante* (Kancyper, 2005).

La práctica psicoanalítica con niños y adolescentes nos enfrenta a una intrincada problemática teórico-técnica con los analizantes *sobremurientes* que han sido concebidos para reemplazar la pérdida de un hijo muerto. En efecto, los “hermanos de reemplazo” suelen conformar un particular sistema de creencias inconscientes (Britton, 1994) teñido de un poder ominoso, extraordinariamente elevado, acerca de una propia y ubicua culpabilidad. Viven disculpándose permanentemente por incriminaciones proferidas por autoridades internas y externas, que suelen superponerse y confundirse, e intentan reparar de un modo compulsivo antiguas deudas de otros, -que en realidad no le conciernen- tomándose a sí mismos como la causa de todo mal. En la satisfacción de este padecimiento masoquista intervienen: una ubicua culpabilidad narcisista y una irrefrenable necesidad de autosacrificio que se manifiestan a través de la asunción compulsiva del rol de la víctima emisaria y/o ritual (Rosolato, 1991).

La culpabilidad ubicua (del latín *ubiqué*, en todas partes), se aplica a aquel que se encuentra a un mismo tiempo en todos los sitios, en particular a Dios.

Su sinónimo: omnipresente. Designa hiperbólicamente a la persona en continuo movimiento que acude a muchas atenciones o a muchos lugares queriendo enterarse de todo y que todo lo quiere presenciar. La ubicuidad de esta culpa -"manifestación de la extraordinaria sobrestimación de los actos psíquicos, como fenómeno parcial de la organización narcisista primitiva infantil" (Freud, 1914, p. 87)- se halla frecuentemente sustentada a partir de la dinámica de la intersubjetividad- por una sobreinvestidura mágico-omnipotente otorgada por un otro quien, desde una posición de impotencia, inviste y confirma al niño con la categoría de un objeto indispensable como regulador de la homeostasis de ese otro y de otros (Kancyper, 1998). Pero cuando fracasa la reparación del sistema narcisista intersubjetivo, renace intrasubjetivamente, la ubicua culpabilidad narcisista, por el incumplimiento de las inalcanzables misiones y expectativas depositadas por los otros (culpabilidad edípica y fraterna); y asumidas por las instancias ideales de la personalidad del hijo (culpabilidad narcisista). Estas tres culpabilidades suelen ejercer sus singulares influjos devastadores sobre el sujeto, acrecentando en él sus necesidades de autopunición y halopunición; al mismo tiempo que suelen resexualizar los aspectos agresivos de su instancia superyoica.

El hermano de reemplazo es un privilegiado culposo y oprimido. Su agresión fantaseada y reprimida contra el hermano vuelve después por culpa e identificación sobre el yo como destructividad; emprendiendo una atormentada reparación de su hermano en desgracia.

Esta compulsiva acción reparadora es, en realidad, una insistente expiación interminable y suele manifestarse a través de fracasar cuando triunfan (Freud, 1916b), por la presencia no sólo de la culpa edípica, sino también por los efectos tanáticos provenientes del accionar conjunto de las culpas narcisista y fraterna. Éstas suelen comandar de un modo consciente e inconscientemente el surgimiento de batallas recurrentes no sólo en la psicología individual, también se presentifican en la psicología de las masas, por ejemplo, a través del pasaje al acto de ciertas comparaciones fraternas hostiles y patogénicas que suelen engendrar oleadas indetenibles de resentimientos y venganzas entre los pueblos y entre las religiones.

Heráclito de Efeso ya nos había advertido acerca de la progresiva escalada tanática engendrada en el fuego de la caldera del resentimiento (Kancyper, 2010), a partir de la cual se atizan el fanatismo y la destructividad en la dimensión intersubjetiva.

¿El orden del nacimiento entre los hermanos es el destino?

Hago cierta y mía la reflexión clínica de Freud (1916a): “La posición del niño dentro de la serie de los hijos es un factor relevante para la conformación de su vida ulterior, y siempre es preciso tomarla en cuenta en la descripción de una vida”. (Freud, 1916a, p.189)

También la mitología y la literatura atestiguan el papel sustantivo que desempeña el orden del nacimiento de los hijos, como una condición de fuerza impulsora que interviene, bajo la forma de “protesta fraterna”, en la formación de carácter y de la neurosis y, puntualmente, en la génesis y el dinamismo de los procesos identificatorios y sublimatorios.

Aclaro que no elevo la protesta fraterna a la categoría de único factor que determina una tipología fija, sino como un acontecimiento de singular importancia, junto a otros factores convergentes, ya que todo acontecimiento está sobredeterminado y demuestra ser el efecto de varias causas determinantes.

La clínica psicoanalítica revela y corrobora que, con notoria frecuencia, suele ser el hermano menor el que intenta descubrir, conquistar y cultivar los nuevos territorios; mientras que el mayor suele asumirse como el epígono de la generación precedente, sobrellevando el ambivalente peso de actuar como el continuador y el defensor que sella la inmortalidad de sus predecesores.

El hijo mayor suele ser identificado, desde el proyecto identificatorio parental, como el destinado a ocupar el lugar de la prolongación y fusión con la identidad del padre. Esta identificación es inmediata, directa y especular. Además, este *topos* identificatorio es a la vez reforzado por el propio hermano mayor con recelo, legitimidad y excesiva responsabilidad, interceptando en el menor el acceso identificatorio con las figuras parentales. Se evidencia en él un recelo en cuanto a no ser cuestionado en su exclusivo lugar como el supuesto único y privilegiado heredero ante los subsiguientes hermanos usurpadores, generándose en un gran número de casos “la división del botín filial”. El hijo mayor se encuentra programado como aquél que llega al mundo para restañar las heridas narcisistas del padre y para completarlo, y el menor, para nivelar la homeostasis del sistema narcisista materno. La experiencia psicoanalítica nos enseña que la rígida división del “botín de los hijos”, ofrendados como meros objetos para regular la estabilidad psíquica de la pareja parental, es punto de severas perturbaciones en la plasmación de la identidad sexual y en el despliegue de los procesos sublimatorios en cada uno y entre los hermanos.

El hermano menor exige un recorrido identificatorio más complicado para el logro de su identidad sexual, porque por un lado permanece excluido de un

disponible lugar identificatorio con los progenitores -circuito ya ocupado y vigilado por el otro- y suele llegar -a través de un rodeo- a la búsqueda de nuevas alternativas exogámicas y lo más alejadas posible del territorio de la economía libidinal familiar, en la que el hermano mayor permanece investido como el legítimo heredero, o el reconocido doble, a través del mayorazgo.

Este recorrido identificatorio genera un trabajo psíquico adicional en el hermano menor, acrecentándose su bisexualidad, que puede llegar a sublimarse, propiciando la creatividad: camino intrincado para la plasmación de la identidad sexual, pero también propiciador de búsquedas y de nuevas incursiones en los territorios desconocidos. El hermano menor suele ser eximido de ser el portador y garante responsable de la tradición familiar imperante. Mientras él suele ser el cuestionador y el creador, el primogénito, en cambio, es el epígono y el conservador.

En *Psicoanálisis de las masas y análisis del yo* (1921b), Freud pone de manifiesto, a partir del mito de la horda primitiva y de los cuentos populares, la hazaña heroica asumida por el hijo menor para separarse de la masa. En el texto que reproduciré a continuación, podemos colegir desde la metapsicología, cómo las relaciones entre el complejo paterno y materno y los efectos del Yo ideal y del Ideal del yo ejercen sus influjos en las profundidades del alma del hijo menor.

“Así como el padre había sido el primer ideal del varón, ahora el poeta creaba el primer Ideal del yo en el héroe que quiso sustituir al padre. El antecedente del héroe fue ofrecido, probablemente, por el hijo menor, el preferido de la madre, a quien ella había protegido de los celos paternos y aquél que en los tiempos de la horda primordial se había convertido en el sucesor del padre. En la falaz transfiguración poética de la horda primordial, la mujer que había sido el botín de la lucha y el señuelo del asesinato, pasó a ser probablemente la seductora e instigadora del crimen.

“El héroe pretende haber sido el único autor de la hazaña que sin duda sólo la horda como un todo osó perpetrar. No obstante, como lo ha observado Rank (1922), el cuento tradicional conserva nítidas huellas de los hechos que así eran desmentidos. En efecto, en ellos frecuentemente el héroe, que debe resolver una tarea difícil -casi siempre se trata del hijo menor, y no rara vez de aquél que ha pasado por tonto, vale decir por inofensivo, ante el subrogado del padre-, sólo puede hacerlo auxiliado por una cuadrilla de animales pequeños (abejas, hormigas). Estos serían los hermanos de la horda primordial, de igual modo como en el sueño insectos, sabandijas, significan los hermanos y hermanas (en sentido peyorativo: como niños pequeños). Además, en cada una de

las tareas que se consignan en el mito y los cuentos tradicionales, se discierne con facilidad un sustituto de la hazaña heroica". (Freud, 1921b, p. 129).

Freud subraya en este párrafo la importancia ejercida por la complacencia materna en la plasmación de la fantasía épica y parricida en el hijo menor. En el primogénito, en cambio, se establece preferentemente un contrato narcisista entre el padre y el hijo mayor, en el que prevalecen fantasías de fusión y de especularidad, signadas por la ambivalencia entre la mortalidad e inmortalidad.

Estas fantasías se tornan audibles en los mandatos impuestos por el tirano Creón a su hijo Hemón, en la *Antígona* de Sófocles.

Creón: "Así, hijo mío, conviene guardar en el corazón, ante todo y sobre todo, los principios que un padre formula.

Porque ésta es la razón de que los padres ansíen tener en su hogar hijos totalmente sumisos, esos hijos que ellos engendran.

De este modo, para sus enemigos son tremendos vengadores; para los amigos de su padre, son tan amigos como él.

Ay, aquél que engendró hijos sin provecho, dime, hijo mío, ¿qué logra sino crearse a sí mismo infortunios y a sus enemigos fuente de desprecio?" (Sófocles, trad. 1999, pp. 197- 198)

El primogénito es el primer heredero que anuncia la muerte a la inmortalidad de su progenitor y sobrelleva una mayor ambivalencia y rivalidad por parte del padre. Éste suele negarlas a través de la formación reactiva del control y cuidados excesivos sobre el hijo, llegando al extremo de estructurar entre ambos una simbiosis padre-hijo.

En esta simbiosis, padre e hijo se alienan en una recíproca captura imaginaria. Ambos tienden a reencontrar, en cada uno, a una parte del sí-mismo propio, y entre ambos se constituye una relación singular, que involucra a los participantes y genera a la vez efectos alienantes sobre cada uno.

A esta relación la he denominado relación centáurica, en la cual el padre representa la cabeza de un ser fabuloso y el hijo, el cuerpo que lo continúa completándolo.

Las frecuentes identificaciones narcisistas que suelen recaer sobre el primogénito tienen un aspecto defensivo para la economía libidinal del padre. Sirven para sofocar un amplio abanico de afectos que abarca, además de las angustias y de los sentimientos de culpabilidad inconscientes y conscientes, otra serie de

efectos hostiles tales como odio, celos, resentimiento y envidia ante la presencia del primer hijo, que llega como intruso y rival, para provocar su exclusión y generar una desarticulación en la regulación libidinal de la pareja.

Además, el establecimiento de las relaciones de objeto narcisistas parento-filiales desmiente la diferencia entre las generaciones y paraliza el acto de la confrontación generacional. De esta manera, el padre intenta perpetuarse en la hegemonía del ejercicio de un poder atemporal sobre el hijo, y se reusa a confirmarlo como su sucesor y como su natural heredero, aquél que finalmente llegará a suplantarlo.

Esta sempiterna ambivalencia entre la mortalidad e inmortalidad se encuentra ya manifiesta en los arcaicos conflictos que los patriarcas de la Biblia han tenido con sus primogénitos, y en sus efectos en las rivalidades fraternas. Así, Abraham abandona a Ismael en el desierto, e Isaac no bendice al primogénito Esaú, y tampoco Jacob a Rubén. Este bíblico conflicto parento-filial extiende sus influjos sobre los vínculos entre los hermanos, generando, desde sus orígenes y hasta nuestros días, la compulsión repetitiva de los enfrentamientos más sangrientos entre las religiones y los pueblos.

El primogénito es investido como el primer soporte del ideal narcisista de omnipotencia e inmortalidad del padre. Recae privilegiadamente sobre él el Yo ideal de otro ser, vía identificaciones primarias.

Las diferencias entre el primogénito y los hermanos subsiguientes generarán inevitablemente entre ellos recíprocas y acérrimas rivalidades y protestas. Sostengo aquí que éstas requieren ser analizadas con exhaustivo detalle, si se quiere evitar que el diferente lugar en el orden del nacimiento entre los hijos no desempeñe psíquicamente otro lecho de roca y una inexorable marca del destino.

La amistad

*Dios nos envió amigos para disculparse por habernos enviado
hermanos (Del acervo popular mexicano)*

El tema de la amistad ha sido escasamente profundizado en la teoría y clínica psicoanalíticas. Ejerce una función primordial durante todas las etapas de la vida, pero fundamentalmente durante la adolescencia y senescencia, porque posibilita el desasimiento del abuso del poder vertical y las relaciones de dominio ejercidos por los padres e hijos. En la amistad prevalecen, sobre todo, los vínculos de ternura que establecen lazos particularmente fijos entre los seres humanos.

Freud (1922) señala la contribución de la fuente erótica en los vínculos de ternura que se traman entre padres e hijos, los sentimientos de amistad y los lazos afectivos en el matrimonio.

“Tras alcanzar la elección de objeto heterosexual, las aspiraciones homosexuales no son —como se podría pensar— canceladas ni puestas en suspenso, sino meramente esforzadas a apartarse de la meta sexual y conducidas a nuevas aplicaciones. Se conjugan entonces con sectores de las pulsiones yoicas para constituir con ellas, como componentes apuntalados, las pulsiones sociales, y gestan así la contribución del erotismo a la amistad, la camaradería, el sentido comunitario y el amor universal por la humanidad. En los vínculos sociales normales entre los seres humanos difícilmente se colegirá la verdadera magnitud de estas contribuciones de fuente erótica con inhibición de la meta sexual.” (Freud, 1921b, p. 128)

Para Mujica (2000), la amistad representa una de las formas del amor, la forma que toma la intimidad cuando incluye la distancia. La equipara a un nudo desatado y a un pacto de gratuidad que implica un dejarse elegir, una entrega, pero *sin hacerme suyo*; incluye a los otros pero sin fusión ni física, ni espacial.

“La palabra amigo nace de una raíz griega de la que derivan también amor y amigable. Nos sorprende: la amistad, lo sentimos, es una de las formas del amor, la forma que toma cuando la intimidad incluye la distancia. De esa misma raíz también sale *ama*, en el sentido de madre, de mamá. Tampoco esto debiera sorprender si pensamos que la amistad, como todo amor, tiene la capacidad de fecundar: engendra singularidad. Es más, podríamos decir que la amistad es precisamente el don de la singularidad: alguien me elige, me sustrae del tumulto de otras relaciones humanas, sin hacerme suyo. En este sentido, la amistad es como un nudo desatado, un pacto de gratuidad, es un acontecimiento no sólo del amor sino también de la libertad, pero la libertad comprometida en la historia del otro, del otro amigo: del singular.

Este ‘sin hacerme suyo’, diferencia la amistad del amor de pareja, incluye a los otros pero sin fusión ni física ni espacial. La amistad es, constitutivamente, desinterés: no saca ni guarda nada de esa relación, salvo, claro, la gratificación afectiva: el sentimiento y el crecimiento de comprometerse en lo humano por lo humano. Deliberadamente hablé de ser elegido, no de elegir. La amistad, dijimos, pertenece a la lógica del don: no es un acto de mi voluntad; no decido ser amigo de tal o cual, acontece. Se da, se me da. Después puedo buscar razones, explicar, pero sobre algo ya acontecido, ya sentido; el origen de la amistad, como de toda forma de amor, se impone, o, al menos, se propone a mi respuesta, a mi sensibilidad. Por esto la amistad, también es un dejarse ele-

gir. Una disponibilidad: la de darme, entregarme, arriesgarme a una relación. Abrirme y dejar entrar. Como don, la amistad es una gracia: la gracia de poder ser gracia para otros, dar amistad a quien me busca como amigo. Llegar a ser más que yo” (Mujica, 2000).

La amistad es lo contrario a la no consideración del otro, a negarle su existencia a su nadificación, a la omisión de su presencia.

Para Agamben (2005)” la amistad se inscribe en una categoría particular. Tiene un rango ontológico, porque lo que está en cuestión en la amistad concierne a la misma experiencia. La misma sensación de ser. La sensación de ser, está de hecho siempre re-partida y com-partida, y la amistad nombra ese compartir. El amigo es, por esto, otro sí, un alter ego que aporta el con-sentimiento de sentirse uno existir y vivir. Pero entonces también por el amigo se deberá con-sentir que el existe y esto adviene en el convivir y en tener en común acciones y pensamientos”.

Scavino (1999), pone en evidencia la función social que puede ejercer la amistad, para contrarrestar el poder ‘panóptico’ detentado por los amos que intentan negar y suprimir la solidaridad y la cooperación estrechas entre los miembros de una sociedad. La amistad y el amor se han comparado muchas veces como pasiones complementarias y en otras, las más, como opuestas.

Para los antiguos, la amistad era considerada superior al amor.

Aristóteles señalaba la presencia de tres clases de amistad: por interés o utilidad, por placer y por virtud. Ésta última sería la amistad perfecta, la de los hombres de bien y semejantes en virtud, porque éstos se desean igualmente el bien.

Los dos primeros tipos de amistad son accidentales y están destinados a durar poco; el tercero es perdurable y es uno de los bienes más altos a que puede aspirar el hombre. Plutarco, Cicerón y otros lo siguieron en su elogio de la amistad. En mi opinión, la amistad es una relación de hermandad elegida, no impuesta por lazos consanguíneos, en la que se desactivan los deseos edípicos y fraternos puestos en movimiento por la aspiración fálica de alcanzar a ser el heredero único y el preferido hijo de un padre-madre-Dios. En la amistad se establecen relaciones de objeto exogámicas, aunque con facilidad pueden volver a filtrarse con las conflictivas narcisistas y parentales. En ella, los lazos consanguíneos son reemplazados por lazos sublimatorios. (Kancyper, 2001).

Es en la amistad en donde se desactivan, en gran medida, las relaciones de poder. Estas impiden su surgimiento y su preservación.

Pregunta Nietzsche:

¿Eres un esclavo? Entonces no puedes ser amigo.

¿Eres un tirano? Entonces no puedes tener amigos. Nietzsche, 1883/ 2003, p. 33)

“Cuando alguien desea subordinar a un ser humano o subordinarse a él, no hay traza de amistad” (S.Weil)

No hay amistad sino cuando se respeta el derecho a la recíproca autonomía de lo distinto en uno mismo y en el otro y cuando esa distancia *entre* los sujetos se admite y conserva. Precisamente una ineptitud para el establecimiento de la amistad, podría traducir una resistencia del narcisismo, como también una defensa contra la moción de la libido homosexual.

Brun (2003) describe la magnitud de la pasión de las amistades infantiles y subraya la importancia de la continuidad de lo cotidiano en los niños, traducida en el contacto diario con los compañeros de la escuela, equivalente a la continuidad interior. Señala que no sólo es importante la continuidad o estabilidad del medio familiar, como se sostiene generalmente. Estos vínculos anudados en la infancia dejan huellas duraderas, suelen guiar ciertas elecciones posteriores y que los modos que se interrumpen se vuelven a encontrar en otras rupturas. La pérdida de los compañeros equivale a una pérdida psíquica que se reaparece en sueños posteriores y los juegos de poder en la amistad suelen desplazarse más adelante en sustitutos o en el psicoanalista de allí su hipótesis de la amistad de transferencia.

En efecto, Freud pone en evidencia en “Sobre la psicología del colegial” (1914) la importancia ejercida no sólo por los padres en la infancia en la elección de los objetos a lo largo de toda la vida, sino que incluye además los influjos ejercidos por los hermanos y el papel de la fijación tanto edípica como fraterna en la dinámica de la relación con las amistades y en los vínculos de amor.

“El psicoanálisis nos ha enseñado, en efecto, que las actitudes afectivas hacia otras personas, tan relevantes para la posterior conducta de los individuos, quedaron establecidas en una época insospechadamente temprana. Ya en los primeros seis años de la infancia el pequeño ser humano ha consolidado la índole y el tono afectivo de sus vínculos con personas del mismo sexo y del opuesto a partir de entonces puede desarrollarlos y transformarlos siguiendo determinadas orientaciones, pero ya no cancelarlos. Las personas en quienes de esa manera se fija son sus padres y sus hermanos. Todo las que luego conozca devendrán para él unos sustitutos de esos primeros objetos de sentimiento....toda la elección posterior de amistades y relaciones amorosas se produce

sobre la base de huellas mnémicas que aquellos primeros arquetipos dejaron tras sí.”(Freud, 1914, pp. 248-249).

Deseo subrayar que así como el sueño es la vía regia para el estudio del inconsciente; la amistad representa una otra vía regia para la dilucidación y superación de las estructuras edípica, fraterna y narcisista en el psicoanálisis con niños y adolescentes.

Amistad de transferencia

Las categorías que usamos habitualmente para diferenciar en la situación analítica las formas de transferencia: (transferencia positiva, transferencia negativa y transferencia erótica) son en realidad descriptivas y se fundamentan sobre los matices del amor y del odio. La categorización que propongo se fundamenta en las estructuras involucradas, distinguiendo la transferencia y contratransferencia narcisista de la edípica, y a ésta de la fraterna. Dentro de ésta última, diferencio además a la amistad de transferencia-contratransferencia.

La amistad de transferencia en simetría como contrapunto a la noción de amor de transferencia (Freud, 1915) es una transferencia positiva sublimada que favorece la alianza terapéutica. Se manifiesta en la dinámica del campo analítico en el seno de una atmósfera (*Stimmung*) afectiva confortable, tierna, distendida e intensa a la vez.

En la amistad de transferencia tanto el analista como el analizante se sumergen en una entrega franca y profunda, preservando al mismo tiempo, la asimetría funcional del proceso analítico.

En cambio, el vínculo afectivo que comanda al amor de transferencia tiene la naturaleza de un enamoramiento compulsivo, tenso y desafiante con aspectos plenamente sensuales y hostiles inconciliables con la tarea del análisis que no vacila en llevarlo a un dilema sin salida.

En el amor de transferencia el analizante reproduce de manera palpable como algo presente el vínculo inconsciente de su historia íntima, en vez de recordarla.

“El amor del paciente no se conforma con obedecer; se vuelve exigente, pide satisfacciones tiernas y sensuales; reclama exclusividades, desarrolla celos y muestra de manera cada vez más íntima su otra cara, la prontitud para la hostilidad y la venganza cuando no puede alcanzar sus propósitos. Al mismo tiempo, como todo enamoramiento, esfuerza hacia atrás los demás contenidos anímicos, extingue el interés por la cura y por el restablecimiento; en suma: no podemos dudar de que se ha reemplazado a la neurosis y nuestro trabajo

ha tenido por resultado suplantar una forma de enfermedad por otra” (Freud, 1926, p. 211).

Mientras que por lo general el analizante ha vivenciado el arquetipo del amor de transferencia en su infancia, en el vínculo con uno de sus progenitores, en la amistad de transferencia se pone de nuevo en escena (*aufführen*) una antigua pieza correspondiente al vínculo exogámico con los amigos y compañeros de la infancia y adolescencia en sus connotaciones tanto positivas como negativas, abriendo desde aquí el camino hacia la historización de los fundamentos infantiles y adolescentes en el analizante relacionados con los afectos y representaciones ligados a la temática de la amistad.

La búsqueda y necesidad de un amigo investidas sobre la figura del analista en la dinámica transferencial se fundan en el encuentro con un otro exogámico, con un “extranjero” confiable y complementario en una relación signada por la presencia de una entrega recíproca; el amigo asume el lugar de un doble aliado que opera en flagrante oposición a la lógica trágica de un doble ominoso que subyace en la dinámica de la lucha narcisista, fraterna y edípica, en la que el otro es investido e identificado en el sitio de un enemigo o rival originando los reincidentes fratricidios, filicidios y parricidios relatados desde los albores de la historia de la humanidad.

El amigo- en contraste con el hermano con el cual subyace una tensión suscitada por las rivalidades infantiles - no busca homogenizar al otro en la imagen propia, sino poder alojarlo con confianza en tanto extranjero.

La presencia del amigo revela, en definitiva, la irreductibilidad de apoderamiento de la alteridad del otro y, parafraseando a Freud, podríamos aseverar que en la amistad se trata de poder triunfar allí donde el paranoico fracasa.

También podríamos señalar que en la situación analítica el analista investido con la figura del amigo se irá convirtiendo en las sucesivas fases del proceso analítico en una presencia confiable y leal, capaz de sobrevivir al ejercicio de destrucción imaginaria a la que la someten el amor-odio y la pulsión de dominio en la dinámica transferencial-contratransferencial del campo analítico.

Por todo ello considero importante no descuidar el valor heurístico de la instrumentación del concepto de la amistad de transferencia en el proceso analítico con niños y adolescentes que se caracteriza “por el trabajo activo que realiza el analizando cooperando con el analista: un esfuerzo de sinceramiento hasta el límite de lo posible; de escuchar al analista y decirle tanto “sí” como “no”, dejarse regresar y progresar” (Baranger, Baranger & Mom, 1978).

En efecto, la amistad de transferencia representa un momento transferencial- contratransferencial diferente del edípico, narcisista y fraterno. Opera

como un indicador clínico particular que se manifiesta cuando se genera una atmósfera de intimidad, confianza y franqueza profundas en el seno del campo dinámico entre analizante y analista y suscita, como consecuencia, hacer conscientes ciertos deseos reprimidos y escindidos que por dolor, culpa o vergüenza habían sido acallados secretamente, porque infligían al analizante una intolerable vejación psicológica.

La dinámica fluctuante de la amistad de transferencia suele marcar dentro de las diversas fases de un proceso analítico la apertura de un acceso: la aventura de inmersión en las raíces más íntimas de nuevos aspectos de la verdad histórica del sujeto.

Se trata de un momento puntual, en el que suele manifestarse con coraje y franqueza la parresía. Foucault (2010) rastreó en la literatura y la filosofía grecorromanas una función, la “parresía” y una posición del sujeto, el “parresiastés”, caracterizadas por “una relación específica con la verdad a través de la franqueza”, cuyo efecto es la crítica y autocrítica, y cuyo costo es el riesgo individual. Este término está tomado del griego: *pan rhema*, y significa literalmente “decirlo todo”; por extensión, “hablar libremente”, “hablar atrevidamente con franqueza”, sin medir el peligro. Foucault resume el concepto de parresía de la siguiente manera:

De manera más precisa, la parresía es una actividad verbal, en la cual un hablante expresa su relación personal con la verdad, y corre peligro, porque reconoce que decir la verdad es un deber para mejorar o ayudar a otras personas (tanto como a sí mismo). En parresía, el hablante usa su libertad y elige la franqueza en vez de la persuasión, la verdad en vez de la falsedad o el silencio, el riesgo de muerte en vez de la vida y la seguridad, la crítica en vez de la adulación y el deber moral en vez del auto-interés y la apatía moral. (Foucault, 2004, p. 46)

Foucault (2010) cita el texto de Plutarco: *Cómo distinguir a un adulator de un amigo* para poner el acento en la necesidad de contar con un otro, con la lealtad de un amigo que cumpla el papel de un parresiasta, es decir, de un interlocutor que acepte recibir como verdadera la verdad hiriente que escucha, ya que a menudo la relación predominante con el sí mismo es ilusoria y engañosa” (Foucault, 2010, p.25).

Real y efectivamente la presencia de la amistad de transferencia y de sus diferentes oscilaciones revela el vencimiento de la presión del juego intrincado de las resistencias del analizante y de las contrarresistencias del analista, que obstaculizan la progresión de la búsqueda libre, comprometida y valerosa del

conocimiento sí mismo en la dinámica del campo analítico y propicia un aumento en la empatía psicoanalítica (Bolognini, 2004).

Considero importante subrayar que cuando la amistad de transferencia se manifiesta en el proceso analítico el analista se halla investido como si fuera un amigo confiable y franco pero que no responde en acto a las demandas de satisfacción de amistad del analizante. Si bien durante el transcurso de la amistad de transferencia el analista corre el riesgo de difuminar las fronteras de su asimetría funcional como analista, para diluirse en un plano de “compinche” o “compañero de ruta”, socavando entonces el sentido y los fines del psicoanálisis.

Estimo importante que esta transferencia de amistad no se cristalice y se torne defensiva, para encubrir la dinámica regresiva de las otras transferencias tanto positivas como negativas: narcisistas, edípicas y fraternas, que suelen presentarse de un modo ineluctable durante las diferentes fases de un proceso analítico.

El Complejo Fraternal y sus cuatro funciones

La condición del desvalimiento psíquico, físico y social del *infans*, sella su alienación constitutiva al poder parental. Alienación de una fusión narcisista y edípica, que captura recíprocamente a la filiación y a la paternidad en un péndulo que oscila entre la inmortalidad y mortalidad.

Desde su origen, el *infans* opera paradójicamente como a-sujeto dentro de un sistema narcisista que precede a su nacimiento, y a la vez como objeto metonímico y fálico que completa y obtura los vacíos de los otros. Momento inaugural, de un elevado sentimiento de omnipotencia necesaria, y que requiere persistir en diferentes grados y con flexibilidad, a lo largo de toda la vida, ya que opera como el primero de los tres pilares sobre los que se sostiene el sentimiento de sí.

Pero al mismo tiempo, todo sujeto requiere a la vez de la presencia de un otro, personificado en un hermano y en un amigo cuyas presencias resultan fundamentales y fundantes, como el garante doble que asegura la posible desalienación del poder edípico, y la resignación de la creencia inconsciente de ser el único y perfecto hijo que sobrelleva la misión de salvar a los padres y salvarse de los padres. Relación horizontal con un “otro fraternal” y con un “otro amical” que cumpla la función de auxiliar, modelo y objeto de complementación y de reconocimiento.

Es a través del contrapoder surgido a partir de la alianza fraterna y amical que se logra la oposición al mítico Cronos, quien intenta la reapropiación y devoración de los hijos. Esta dimensión trófica de la amistad y del complejo

fraterno puede cambiar de signo, cuando el hermano se relaciona de un modo paranoide con un otro, a quien inviste como a un intruso rival ominoso que puede llegar a perturbar, robar o destruir su unicato: el complejo fraterno tánctico. El hermano paranoide, lejos de aliarse con lazos de solidaridad, no admite al otro como a un diferente y semejante, sino que intenta combatirlo y hasta destruirlo como Caín a Abel. Se pierde así la dimensión liberadora y democrática que instaura el orden ético y social de la cofradía, para contrarrestar, precisamente, al poder autoritario de la generación que detenta un poder vertical.

Antígona representaría a la hermana paradigmática que reivindica los derechos de la fraternidad y enfrenta al ciego poder de Creonte.

La inclusión del complejo fraterno junto al narcisismo y al complejo de Edipo marca la presencia, desde el comienzo, de un conflicto intergeneracional. Conflicto entre la alienación y desalienación, como consecuencia de las relaciones de dominio que se entraman entre las generaciones.

Considero importante distinguir en la situación analítica las transferencias y contratransferencias: edípica, narcisista y fraterna y la amistad de transferencia. La transferencia fraterna no es un mero desplazamiento defensivo de la conflictiva edípica, ni tampoco se supera con la disolución del complejo de Edipo. Presenta sus propias especificaciones y mantiene puntos de anudamiento con las dimensiones narcisistas y triangulares. Resulta necesario diferenciar en la transferencia, entre la organización vertical, la de la relación triádica con los padres, y la dimensión horizontal con los hermanos.

En la transferencia fraterna se reedita la singular historia infantil y actual con las particularidades del hermano o la hermana, y el analista debe considerarla en toda su importancia tópica, dinámica y económica; para lo cual el analista, como precondition para no escamotearla, debe atravesar por el intrincado trabajo psíquico que representa el análisis de su propio complejo fraterno, que invariablemente es reactivado por el complejo fraterno manifiesto y latente del analizante. El analista debe reconocer de qué modo interjuegan en él las fantasías inherentes a la fraternidad durante las diferentes fases de cada uno de los procesos analíticos. Estas fantasías son reactivadas no sólo en la persona del analista, sino también en los otros analizantes que, como "hermanitos de análisis", reaniman la dinámica narcisista con sus diversos tipos de dobles.

Las transferencias y contratransferencias narcisista edípica, fraterna y amical no son opuestas. Presentan diferentes lógicas y posibilitan, al despejar las respectivas fronteras y al detectar sus articulaciones, obtener un entendimiento más abarcativo y a la vez más aguzado de la plurifacética situación analítica.

El Complejo Fraterno es un conjunto organizado de deseos hostiles y amorosos que el niño experimenta respecto a sus hermanos.

Este complejo no puede reducirse a una situación real, a la influencia ejercida por la presencia de los hermanos en la realidad externa, porque trasciende lo vivido individual. También el hijo único requiere, como todo ser humano, asumir y tramitar los efectos generados por la forma singular en que este complejo se construye en cada sujeto. Podemos diferenciar cuatro funciones:

a) sustitutiva b) defensiva c) elaborativa y d) estructurante.
(Kancyper, 2002).

a) La función sustitutiva del Complejo Fraterno se presenta como una alternativa para remplazar y compensar funciones parentales fallidas.

La sustitución puede también operar, por un lado, como función elaborativa del Complejo de Edipo y del narcisismo y por otro lado, como función defensiva de angustias y sentimientos hostiles relacionados con los progenitores pero desplazados sobre los hermanos.

La función sustitutiva la describe Freud (1916) en la Conferencia Nº 21, señala que “cuando estos hermanitos crecen, la actitud para con ellos sufre importantísimas mudanzas. El chico puede tomar a la hermana como objeto de amor en sustitución de la madre, infiel; entre varios hermanos que compiten por una hermanita más pequeña ya se presentan las situaciones de rivalidad hostil que cobrarán significación más tarde en la vida. Una niña encuentra en el hermano mayor un sustituto del padre, quien ya no se ocupa de ella con la ternura de los primeros años, o toma a un hermanito menor como sustituto del bebe que en vano deseó del padre” (Freud, 1916, p. 304).

b) La función defensiva del Complejo Fraterno se manifiesta cuando éste encubre situaciones conflictivas edípicas y/o narcisistas no resueltas. En muchos casos sirve para eludir y desmentir la confrontación generacional, así como para obturar las angustias (Kancyper, 1989).

Esta función defensiva se ve facilitada en virtud del fenómeno del desplazamiento, a través del cual se producen falsos enlaces que originan múltiples malentendidos; éstos se presentifican en la experiencia clínica, como así también en la mitología y en la literatura —por ejemplo, en la obra teatral *El malentendido* de Camus (1944).

Con mucha frecuencia, los mismos padres son los que provocan los falsos enlaces entre los complejos paterno, materno y parental con el com-

plejo fraterno y promueven a la vez las rivalidades hostiles entre los hijos: “dividen para reinar”.

- c) El Complejo Fraterno ejerce una función elaborativa fundamental en la vida psíquica, no sólo por su propia envergadura estructural, sino porque colabora además, en el incesante trabajo de elaboración y superación de los remanentes normales y patológicos del narcisismo y de la dinámica edípica que se presentan a lo largo de toda la vida.

Así como el Complejo de Edipo pone límite a la ilusión de omnipotencia del narcisismo (Faimberg, 2006), también el Complejo Fraterno participa en la tramitación y desasimio del poder vertical detentado por las figuras edípicas y establece otro límite a las creencias narcisistas relacionadas con las fantasías del “unicato”.

En cambio el sujeto que permanece fijado a traumas fraternos, no logra una adecuada superación de la conflictiva edípica y permanece en una atormentada rivalidad con sus semejantes, que puede llegar a cristalizarse en la repetición tanática de “los que fracasan al triunfar”. En esta conducta no sólo actúan las culpas edípicas no elaboradas, sino que participan además las culpas fraternas y narcisistas, con su correspondiente necesidad de castigo consciente e inconsciente.

- d) El Complejo Fraterno posee un papel estructurante y un carácter fundador en la organización de la vida anímica del individuo, de los pueblos y de la cultura.

Participa en la estructuración de las dimensiones intrasubjetiva, intersubjetiva y transubjetiva a través de los influjos que ejerce en la génesis y mantenimiento de los procesos identificatorios en el yo y en los grupos (Vallino y Maccio, 1996), en la constitución del superyó e ideal del yo y en la elección del objeto de amor.

En el apartado II de la Introducción al narcisismo (1914), Freud desarrolla un sucinto panorama de los caminos para la elección de objeto. Señala dos formas de amar: una según un tipo narcisista y otra de acuerdo al modo del apuntalamiento. En la primera se ama: 1) a lo que uno mismo es (a sí mismo); 2) a lo que uno mismo fue; 3) a lo que uno querría ser; 4) a la persona que fue una parte del sí mismo.

Cuando describe el tipo de elección del objeto del apuntalamiento, marca únicamente dos modelos del amar: según “la mujer nutricia y el hombre protector y las personas sustitutas que se alinean en cada uno de estos caminos” (Freud, 1914, p.87), pero no incluye al hermano o hermana como a un otro y a un semejante que cuenta en la vida anímica

del individuo, con total seguridad, “como modelo, como objeto, como auxiliar y como enemigo; por eso desde el comienzo mismo, la psicología individual es simultáneamente psicología social en este sentido más lato, pero enteramente legítimo” (Freud, 1921, p.67). Si bien “en el complejo de Edipo, se conjugan los comienzos de religión, eticidad, sociedad y arte” (Freud, 1913, p. 158), es necesario afirmar que el Complejo Fraternal juega también un papel decisivo en estos comienzos.

Freud señala en “Moisés y el monoteísmo” (1938), que los mandamientos sociales si bien provienen del nuevo orden iniciado por lo edípico requieren además de la presencia del complejo fraternal, pues los dota de permanencia a ese orden nacido tras la eliminación del padre. De otro modo habría sido inevitable la recaída en el estado anterior.

Las relaciones fraternas no provienen sólo de los vínculos religiosos intergeneracionales de un padre Dios con respecto a sus hijos; se separan además de la dinámica edípica y cada hermano requiere procesar la tendencia a la rivalidad violenta que cada sujeto mantiene frente a su semejante. Rivalidad intrageneracional, que reanima la dinámica paradójica del doble en sus variadas formas: inmortal, ideal, especular y bisexual.

Antes de concluir, deseo subrayar que -así como el sueño es la vía regia para el estudio del inconsciente- el complejo fraternal, a través de sus cuatro funciones, representa otra vía regia para ampliar las fronteras del conocimiento del alma humana y para dilucidar y superar los conflictos provenientes de las estructuras edípica y narcisista en la psicología individual y social.

Resumen

El Complejo Fraternal es un conjunto organizado de deseos hostiles y amorosos que el niño experimenta respecto a sus hermanos. No se reduce a una situación real, a la influencia ejercida por la presencia de los hermanos en la realidad externa, porque trasciende lo vivido individual. También el hijo único requiere, como todo ser humano, asumir y tramitar los efectos generados por la forma singular en que este complejo se construye en cada sujeto. El autor postula que cada ser humano es portador de una irrepetible combinatoria de múltiples identificaciones resultantes, en gran medida, del singular interjuego que se trama entre el complejo fraternal y el complejo de Edipo.

Este trabajo focaliza en el estudio de los efectos originados por las transferencias y contratransferencias edípica, narcisista, fraterna y la amistad de transferencia en la situación analítica, postulando además una amistad de transferencia.

La transferencia fraterna no es un mero desplazamiento defensivo de la conflictiva edípica, ni tampoco se supera con la disolución del complejo de Edipo. Presenta sus propias especificaciones y mantiene puntos de anudamiento con las dimensiones narcisistas y triangulares.

PALABRAS CLAVE: COMPLEJO FRATERNO / AMISTAD DE TRANSFERENCIA / COMPLEJO DE EDIPO / CONTRATRANSFERENCIA.

Summary

The Fraternal Complex is an organized set of hostile and amorous wishes that the child feels towards his siblings. It is not reduced to the real situation, to the influence due to the presence of the siblings in the external reality; it transcends what is lived individually. The only son also requires, as does every human being, to assume and process the effects generated by the singular way in which this complex is built in each subject. The author proposes that each human being carries a irrepeatable combination of multiple identificatory resultants, largely coming from the singular interplay between the fraternal and the Oedipus complexes. The focus is placed on the effects originated by the transferences and countertransferences in the analytical situation. Additionally, a friendship transference is postulated. The fraternal transference is not a mere defensive displacement of the oedipal conflictive, or is it overcome with the dissolution of the Oedipus complex. It presents its own specificities and maintains points of confluence with narcissistic and triangular dimensions.

KEYWORDS: FRATERNAL COMPLEX / TRANSFERENCE FRIENDSHIP / OEDIPUS COMPLEX / COUNTERTRANSFERENCE.

Referencias

- Agamben, G. (2005, 28 de setiembre). La amistad. *La Nación. Cultura*. Recuperado el 8 de mayo de 2014, de <http://www.lanacion.com.ar/741397-la-amistad>.
- Aristóteles (1983). *Ética Nicomaquea*. Versión española y notas de Antonio Gómez Robledo. México, UNAM.
- Bank, S.P. & Kahn, M.D. (1988). *El vínculo fraterno*. Buenos Aires; Paidós.
- Baranger, M., Baranger, W. & Mom J. (1978). Patología de la transferencia y contratransferencia en el psicoanálisis actual: el campo perverso. *Revista de Psicoanálisis*, 35 (5), 1101-1106.
- Bion, W.R. (1967). The imaginary twin. En *Second thoughts: Selected papers on psychoanalysis* (pp. 3-22). Nueva York: Aronson, 1950.
- Bolognini S. (2004): *La empatía psicoanalítica*. Buenos Aires: Lumen.
- Britton, R. (1994). Realidad psíquica y creencia inconsciente. *Revista de Psicoanálisis*, 51 (1-2), 27-34.
- Brun, D. (2003). La pasión en la amistad. *Revista de Psicoanálisis*, 60 (4), 1081-1090 .
- Brusset, B. (1987). El vínculo fraterno y el psicoanálisis. *Revista de Psicoanálisis*, 44 (2), 307-346.
- Camus, A. (1944). *El malentendido. Calígula. El estado de sitio. Los justos. Teatro*. Buenos Aires: Ed. Losada, 1968.
- Faimberg, H. (2006). *El Telescopaje de Generaciones, a la escucha de los lazos narcisistas entre las generaciones*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Foucault, M. (2010). *El coraje de la verdad* (Traduc. Horacio Pons). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

- ____ (2004). *Discurso y verdad en la antigua Grecia*. Buenos Aires: Paidós.
- Freud, S. (1913). El retorno del totemismo en la infancia. En J. L. Etcheverry (Traduc.), *Obras completas: Sigmund Freud* (Vol. 13, pp. 103-164). Buenos Aires: Amorrortu.
- ____ (1914). Sobre la psicología del colegial. En J. L. Etcheverry (Traduc.), *Obras completas: Sigmund Freud* (Vol. 13, pp. 243-250). Buenos Aires: Amorrortu.
- ____ (1914). Introducción al narcisismo. En J. L. Etcheverry (Traduc.), *Obras completas: Sigmund Freud* (Vol. 14, p. 65-98). Buenos Aires: Amorrortu.
- ____ (1915). Puntualizaciones sobre el amor de transferencia. En J. L. Etcheverry (Traduc.), *Obras completas: Sigmund Freud* (Vol. 12, p. 159-176). Buenos Aires: Amorrortu.
- ____ (1916a). Conferencia Nº 13: Rasgos arcaicos e infantilismo del sueño. En J. L. Etcheverry (Traduc.), *Obras completas: Sigmund Freud* (Vol. 15, p. 183-194). Buenos Aires: Amorrortu.
- ____ (1916b). Algunos tipos de carácter dilucidados por el trabajo psicoanalítico. En J. L. Etcheverry (Traduc.), *Obras completas: Sigmund Freud* (Vol. 14, p. 313-339). Buenos Aires: Amorrortu.
- ____ (1921a). Sobre algunos mecanismos neuróticos en los celos, la paranoia y la homosexualidad. En J. L. Etcheverry (Traduc.), *Obras completas: Sigmund Freud* (Vol. 18, p. 213-226). Buenos Aires: Amorrortu.
- ____ (1921b). Psicología de las masas y análisis del yo. En J. L. Etcheverry (Traduc.), *Obras completas: Sigmund Freud* (Vol. 18, p. 63-136). Buenos Aires: Amorrortu.
- ____ (1923). Doctor Sándor Ferenczi (En su 50º cumpleaños). En J. L. Etcheverry (Traduc.), *Obras completas: Sigmund Freud* (Vol. 19, p. 287-289). Buenos Aires: Amorrortu.
- ____ (1926). ¿Pueden los legos ejercer el análisis?. En J. L. Etcheverry (Traduc.), *Obras completas: Sigmund Freud* (Vol. 20, p. 165-244). Buenos Aires: Amorrortu.
- ____ (1927). Dostoievsky y el parricidio. En J. L. Etcheverry (Traduc.), *Obras completas: Sigmund Freud* (Vol. 21, p. 171-191). Buenos Aires: Amorrortu.
- Kancyper L. (1989). *Jorge Luis Borges o el laberinto de Narciso*. Buenos Aires: Paidós.
- ____ (1995). Complejo Fraternal y Complejo de Edipo. *Revista de Psicoanálisis*, 1995, 52 (3), 675-690. En *La confrontación generacional*. Buenos Aires: Paidós, 1997 y en *Gemelos* (comp. E. Braier). Buenos Aires: Paidós, 2000.
- ____ (1998). Complejo Fraternal y Complejo de Edipo en la obra de Franz Kafka. *Revista de Psicoanálisis*, 55 (2), 324-354. En *La confrontación generacional*. Buenos Aires: Lumen, 2003.
- ____ (2001). El Complejo Fraternal trófico y tánático en la obra de J.L. Borges. *Revista de Psicoanálisis*, 58 (1), 37-66. En *Jorge Luis Borges o la pasión de la amistad*, Buenos Aires: Lumen, 2003.
- ____ (2005). *El complejo fraternal*. Buenos Aires: Lumen.
- ____ (2007). *Adolescencia el fin de la ingenuidad*. Buenos Aires: Lumen.
- ____ (2009). El poder de las comparaciones en la adolescencia. *Revista Docta*, 7 (5), 7-33
- ____ (2010). *Resentimiento terminable e interminable*. Buenos Aires: Lumen.
- Landolfi, P. (1998). La culpa fraternal: una nueva estructuración del superyó. *Revista de Psicoanálisis*, 55 (1), 179-199.
- Laplanche J. y Pontalis J. (1971). *Diccionario de Psicoanálisis*. Madrid: Labor.
- Mujica, H. (2000, 15 de junio). No se elige, se acontece. *Revista Viva del diario Clarín*.
- Rosolato, G. (1981). Culpabilidad y sacrificio. En *La relación de desconocido*. Barcelona: Petrel.
- Scavino, D. (1990, 25 de abril). La amistad versus el poder. *Diario Clarín "Cultura y Nación"*.

- Schmucler, H. (2007, 25 de enero). El dilema de las palabras. *Diario Página 12*. Recuperado el 8 de mayo de 2014, de <http://www.pagina12.com.ar/diario/contratapa/13-79514-2007-01-25.html>
- Sófocles (1991). *Antígona*. México: Porrúa.
- Vallino, D. & Macción, M. (1996). Note sul complesso fraterno nei gruppi. *Psiche*, 2.